

Brian D. McLaren, estadounidense, es un conferencista y escritor de fama internacional. Se graduó por la Universidad de Maryland con los más altos honores y por varios años fue profesor en varias universidades. En 1986 fundó la iglesia de la cual fue pastor hasta hace poco: la *Cedar Ridge Community Church*, en Spencerville, Maryland, en las inmediaciones de las ciudades de Washington y Baltimore. Se especializa en temas relacionados con la misión de la iglesia en la era posmoderna. Es uno de los gestores de un movimiento llamado de “iglesias emergentes”, que busca responder con sensibilidad y creatividad a los desafíos del mundo posmoderno. Es autor de varios libros y está casado con Grace, con quien tiene cuatro hijos.

Ridge Community Church, en Spencerville, Maryland, en las inmediaciones de las ciudades de Washington y Baltimore. Se especializa en temas relacionados con la misión de la iglesia en la era posmoderna. Es uno de los gestores de un movimiento llamado de “iglesias emergentes”, que busca responder con sensibilidad y creatividad a los desafíos del mundo posmoderno. Es autor de varios libros y está casado con Grace, con quien tiene cuatro hijos.



Más preparado de lo que piensas: La evangelización como danza en tiempos posmodernos

Este libro está dedicado a mis padres, Dr. Ian y Virginia (Ginnie) McLaren. Han vivido el evangelio de manera hermosa y sacrificial. Siempre han abierto su hogar y dado la bienvenida a su mesa a amigos y a extraños por igual. Cuando sus hijos invitaban a su casa a un amigo, a dos o a docenas, mis padres siempre recibían a esos amigos con calidez y amor y sin juzgarlos – incluso a esos amigos que, allá por los años setenta, eran culturalmente tan

diferentes a mis padres... típicamente de pelo largo y descalzos, delirantemente (o apenas) vestidos y a veces muy necesitados de un buen baño. Esa hospitalidad es un elemento esencial del proceso de hacer discípulos que se explora en este libro y convierte al evangelio de Jesucristo en algo visible y tangible, lleno de sabor e inolvidable. Casi todo lo que yo sé acerca de ser cristiano me lo mostraron ellos, sin palabras, mediante la «conversación» de sus vidas. Gracias, mamá y papá.

Índice

Agradecimientos

Introducción

1. Leí tu libro esta mañana
2. Cerrados y intolerantes, fanáticos, prejuiciados e indoctrinados y toda esa cosa negativa
3. Tres descubrimientos
4. Eh...mejor lo dejo para otro momento
5. El enfoque moderno del cristianismo versus en enfoque posmoderno
6. Alcanzando a los cristianos para Cristo

Agradecimientos

Primero y por sobre todo debo, por supuesto, reconocer a Alicia, la persona real cuya privacidad he buscado proteger mediante el uso de un pseudónimo. El pseudónimo, sin embargo, quizás sea innecesario porque a «Alicia» probablemente se la escuchará en años venideros con una voz propia (y con su nombre real) y seguirá contribuyendo a la causa que este libro pretende promover.

También quisiera reconocer al personal, al equipo de liderazgo, a los miembros y a los amigos de Cedar Ridge Community Church, que han creado un espacio al que las personas pueden pertenecer antes de creer... una comunidad de fe dedicada a ayudar a las personas a ser y hacer discípulos de Jesucristo, en una comunidad auténtica, para el bien del mundo. Gracias por compartir tan amablemente con otros mi tiempo y mi atención y concederme el tiempo para escribir y compartir lo que estamos aprendiendo juntos. Cualquier beneficio que resulte de mis esfuerzos como escritor y orador es en realidad *nuestro* logro. Estoy tan agradecido por nuestro compañerismo en el evangelio.

Introducción

La verdad es que de baile no sé nada. Mi esposa podría decirles (y mis hijos *seguro* que se lo dirían) que no soy ningún Fred Astaire, John Travolta, Michael Jackson ni Arthur Murray. Mis «movimientos» son como los de Mr. Rogers o Barney el Dinosaurio. Así como juego al golf también bailo – rara vez y, cuando

sí, lo hago más que nada para entretener y divertir a mi compañero.

Recuerdo que, cuando niño en la escuela primaria, mis maestros trataban de enseñarle a la clase algunas danzas tradicionales. Como muchachos preadolescentes le huíamos al contacto físico con las chicas (¡cómo puede cambiar eso en unos años!), aunque ellas (notablemente más maduras) tenían mucho interés en que cooperáramos. Así que a la vista de todos escupíamos en nuestras manos para que las chicas no quisieran tocarnos. No hace falta aclarar que todo lo que debí aprender acerca del baile en esa época quedó sin aprender.

Vengo de esa clase de familia religiosa en la que el baile no está permitido. Es verdad que como adolescente participé a escondidas de algunos bailes lentos aquí y allá, pero nunca pude engancharle la onda a los bailes populares. Cuando conocí a mi esposa, mis deficiencias rítmicas constituían para ella entre una triste desilusión y una total vergüenza. En realidad, yo compartía su opinión.

Cuando era profesor, pasé por un genial período en el que enseñaba inglés como segundo idioma a los bailarines del ballet clásico camboyano que habían llegado a los Estados Unidos como refugiados durante los años 80. Mi esposa y yo organizamos varias fiestas para nuestros estudiantes, y era inevitable que apareciera el equipo de música con varios discos de música Khmer. Enseguida los estudiantes se colocaban en un círculo y comenzaban a moverse al son de los suaves ritmos asiáticos de las canciones, con las rodillas flexionadas y los pies en punta, muñecas y dedos formando arcos elegantes y ángulos oblicuos a toda coordinación occidental. Y, por supuesto, tenían que lograr la participación del profesor. Creo que adquirí la apariencia de una persona que, en cámara lenta, estaba siendo picada por un enjambre de abejas. Sintetizando, no sé bailar, ni según los criterios orientales ni según los occidentales.

Por supuesto, aprecio el baile. Me encanta mirar a otros mientras bailan. Cada tanto en los cultos de Cedar Ridge Community Church, donde sirvo como pastor, tenemos una danza litúrgica. Casi siempre estoy al borde de las lágrimas cuando observo la belleza de la danza hecha para la gloria de Dios.

Apenas sé lo suficiente acerca de la danza para entender que provee una metáfora para algo que es muy importante para mí. El término teológico de esta gran pasión mía es *evangelización*, pero ese término está tan contaminado que apenas me atrevo a utilizarlo. Es una palabra con un buen corazón, a pesar de su mala reputación. Permítanme tratar de probarlo.

En la calle, este término significa presión. Significa vender a Dios como si Dios fuera un artículo para el hogar, un material de construcción o un seguro de automóvil. Significa meter tus ideas en la cabeza del otro, amenazándolo con el infierno si no se entrega a tu lógica o a tus citas bíblicas. Significa excluir a todos de la gracia de Dios excepto a aquellos que están de acuerdo con el evangelista. Cuando a «evangelista» le precede el término «tele», el sentido se torna aún más oscuro y siniestro –hasta sórdido. Se refiere a monólogos ensayados y mecánicos, discursos de vendedores, peroratas, sermones o exposiciones no solicitados, lágrimas de cocodrilo, confrontaciones incómodas a menudo

agravadas por sonrisas forzadas, exageradas miradas a los ojos y declaraciones demasiado sinceras de amor por el alma y el destino eterno de uno. («Sí. Seguro. La verdad es que estás tratando de conseguir más combustible humano para tu maquinaria religiosa – otro convertido, otro agujero en tu cinturón, otra victoria para tu ideología».)

Esa es la imagen que tiene la mayoría de la gente de la evangelización. Pero piensen en esto.

¿Qué si realmente existe un Dios grande y bueno y bondadoso, y nosotros realmente somos criaturas de Dios, aunque a veces nos equivoquemos gravemente de camino? ¿Y qué si nuestro deseo más profundo es realmente cierto y que el Dios que realmente existe realmente nos ama? ¿Y qué si una de las mejores maneras para que Dios llegue a quienes hemos perdido el camino es mediante la bondad y la influencia de quienes han retomado un mejor camino? ¿Y qué si por cada evidente y engañoso charlatán religioso hay en realidad una docena de discretos pero sinceros ejemplos de espiritualidad y vitalidad auténticas cuya influencia nos haría a los demás una buena dosis de bien? ¿Qué si realmente hay «ángeles» ahí afuera... no de los que tienen plumas y halos sino los de carne y hueso, risa y lágrimas... personas que de una manera muy literal son enviadas por Dios para ayudar a los que hemos embarrado nuestras vidas, para darnos un sabor de la gracia, un «rumor de la gloria», como dice el cantautor Bruce Cockburn?

¿Y qué si tú y yo, que comenzamos como personas errantes y confundidas, recibiéramos tanta ayuda de nuestros amigos comprensivos, enviados de Dios y colmados de amor que nos uniríamos a ellos como mensajeros de gracia, portadores de la buena noticia, agentes secretos angelicales, demostraciones prácticas del poder de Dios, para cambiar, enriquecer, llenar y rescatar vidas que estaban siendo desperdiciadas, arruinadas, autodestruidas?

¿Qué si no es la evangelización misma sino más bien los *estilos de evangelización* del siglo 21 los que merecen nuestro desdén y rechazo? ¿Qué si la evangelización es una de las cosas que nuestro mundo más necesita?

Después de todo, la mayoría de la gente desea hablar de las cosas que realmente importan – su sentido de Dios, sus experiencias de significado o trascendencia, sus intentos de sobrellevar su propia mortalidad, sus luchas con la culpa y la bondad, sus sueños, esperanzas y añoranzas más profundas. Desean hablar de estas cosas porque sin ellas lo único que queda en la vida es estrenos y compras, copulación y digestión, ingresos y egresos y ahorros y liquidaciones y testamentos.

Es verdad que la evangelización como se la practica y se la entiende comúnmente está degradada. Pero, ¿qué nos queda si no podemos encontrar la manera en que las personas se conecten y exploren juntas cuestiones que les preocupan profundamente? ¿Qué nos queda si no podemos encontrar personas que tengan apertura espiritual, con las cuales conversemos acerca de nuestros sueños y anhelos más profundos? Es duro que te acorrale en la calle un denominado evangelista, pero tampoco es muy bueno vivir la vida con nada más que el control remoto de la TV y las charlas triviales sobre deportes, trabajo,

asuntos internos de la oficina y el estado del tiempo.

Así que permítanme ofrecer esta visión mejorada de la evangelización y de buenos evangelistas. Los buenos evangelistas –de la clase acerca de la cual hablaremos en este libro– son personas que traban buenas conversaciones con otros acerca de temas importantes y profundos... fe, valores, esperanza, sentido, propósito, bondad, belleza, verdad, vida después de la muerte, vida antes de la muerte, Dios. No hacen esto porque les gusta ser expertos e imponer sus puntos de vista sobre otros, sino porque sienten que son enviados de Dios para hacerlo. Viven con un sentido de misión: que la vocación divina para su vida no es simplemente la de vivir de manera egoísta, no siquiera de vivir bien, sino de vivir de manera no egoísta y bien y de ayudar a otros a vivir también de manera no egoísta y bien. Quieren cambiar el mundo. Son mutantes en la evolución espiritual del planeta, si me permiten –mutantes cuyos genes nuevos se necesitan urgentemente en el depósito general de genes.

La buena evangelización es el proceso de ser amigables sin discriminar y de ejercer una influencia sobre todos nuestros amigos para una vida mejor, mediante buenas obras y buenas conversaciones. Para un cristiano como yo, la evangelización significa entablar estas conversaciones en el espíritu y el ejemplo de Cristo Jesús. (Si tú mismo no eres un cristiano comprometido, estoy seguro que entenderás que, ya que mi punto de partida es el compromiso cristiano, ése será el enfoque de este libro. Con esto no digo que no haya lugar para la evangelización budista o hindú o judía... pero otra persona estará más capacitada para escribir esos libros).

Si sabes algo acerca del Jesús, probablemente sepas que él era un conversador impresionante. A diferencia de la caricatura del típico evangelista de la segunda mitad del siglo 20 y principios del 21, Jesús se caracterizó por sus sermones cortos y sus conversaciones largas... sus respuestas cortas y sus preguntas largas... sus ideas abstractas y proposiciones cortas y sus parábolas y cuentos largos... corto para decirte lo que debes pensar, largo para desafiarte a pensar por tu cuenta... corto para condenar a los irreligiosos, largo para confrontar a los religiosos. (Consulta el apéndice para obtener una lista de algunas de las conversaciones de Jesús, junto con unas preguntas de discusión, para que tú y tus amigos conversen acerca de las conversaciones de Jesús.)

Ésta es la clase de evangelización que exploraremos en este libro. Evangelización al estilo de Jesús, evangelización que fluye como una danza.

La evangelización como danza se inicia con algo que va más allá de mí mismo: un mensaje que se acerca a mí de alguna manera, de algún lado, como una melodía. Puede ser que al principio sólo capte una nota aquí, una frase allá, y me suene extraña. Pero una vez que llego por fin a escucharla entera, una vez que logra penetrar en mi alma y allí empieza a vibrar, empiezo a sentirla tan familiar, tan natural, que empiezo a creer que es fruto de mi propia creación. Sin embargo, la magnificencia y la grandeza y el misterio de la melodía me convencen de que su origen se halla más allá de mi propia imaginación (aunque mi imaginación haya sido la ventana por la cual penetró en mi ser). Viene como un mensaje, pero no como el mensaje de una propaganda radial o televisiva, o de un eslogan político, o de una fórmula científica... más bien como el mensaje

de amor de un amante, de amistad de un amigo, de belleza-bondad-verdad de un artista. Viene como la canción de un cantante, la tensión apasionada de un violinista, la sinfonía de un compositor genial. En algún momento de mi paso por la vida, comienzo a escuchar esta canción, y su música cautiva mi corazón... su ritmo, su melodía, su clima, su esplendor. La belleza-verdad-bondad de esta canción penetra en mí y comienzo, al principio apenas dándome cuenta yo mismo, a moverme al son de su ritmo.

Con el transcurrir del tiempo mi vida entera empieza a entrar en armonía con la canción. Su ritmo me despierta, su tiempo me mueve y empiezo a resonar con sus tonos, a fluir con su melodía. Y su letra va convenciéndome lentamente de que la idea inicial era que todo el mundo compartiera esta canción, compartiera su mensaje, su gozo, su danza. Si más personas escucharan su música, entonces su odio cedería paso a la reconciliación, su codicia se disolvería en generosidad, sus quejas se transformarían en gratitud, sus lamentos se convertirían en danza. Las personas dejarían de contaminar y comenzarían a plantar jardines, si vivieran al son de la canción. Dejarían de pelear y comenzarían a hacerse divertidísimas bromas unas a otras, celebrando jubilosos picnics y fiestas, organizando juegos ruidosos, soñando sueños delirantes, todas disfrutando de buenas risotadas en todo momento posible.

Es por eso que si empiezo a sentir la canción y a vivir según ella, quiero ayudar a otros a hacer lo mismo, no por una sola razón sino por varias:

1. Simplemente por la belleza, la verdad y la bondad de la canción. Algo tan maravilloso debe compartirse.
2. Por el bien de mis amigos, vecinos, compañeros de planeta que comparten conmigo la misma problemática humana. Como individuos, sus vidas se enriquecerían si escucharan la canción y aprendieran a moverse a su son.
3. Por causa de toda la raza humana y de todo el planeta... porque si nosotros los humanos (apenas dignos de «sapiens» en *homo sapiens*) no aprendemos a vivir según la belleza de la música, viviremos según nuestro propio ruido destructivo y codicioso, y silencio desesperante y consumidor, lo cual será desastroso para todos y para todo lo afectado.
4. Por causa del compositor, del cantante, del instrumentista: el Dios trino cuyo canto resuena en cada nota y cada compás con espíritu de compartir.

Cualquiera que escucha la canción, que realmente la escucha, debe bailar. Y todos los que bailan buscan compartir su gozo. Así que hablemos de cómo hacerlo. Estás más preparado para esto de lo que crees. Prepárate para algo fresco, algo nuevo, algo inesperado. ¡Dancemos!

Una sugerencia: ¿Por qué no invitas a un grupo pequeño, a una clase o a otro círculo de amigos a leer este libro contigo? La agenda puede ser simple:

1. Al leer cada capítulo, subrayen palabras, frases u oraciones de interés especial y hagan notas en los márgenes con preguntas, comentarios, desacuerdos e ideas adicionales.
2. Cuando se reúnan, compartan lo que han subrayado y sus anotaciones. Uno por uno respondan a estas dos preguntas simples: ¿Qué hay en este capítulo que te llamó la atención? ¿Por qué?
3. Después de que todos hayan compartido, respondan a otra serie de preguntas: ¿Y entonces qué? ¿En qué debe cambiar nuestra manera de vivir, orar, relacionarnos y servir sobre la base de lo que hemos hablado?
4. Sería un excelente final que transformen sus pensamientos en oraciones simples y sinceras, como por ejemplo: «Dios, gracias por enseñarnos que...» o «Dios, ayúdanos a...»

Capítulo 1. Esta mañana leí tu libro

Al poco tiempo de salir a la venta mi segundo proyecto literario, *Finding Faith* (Encontrar la fe), me invitaron a presentar y firmar mis libros en mi iglesia. Fue una ocasión muy elegante, con ponchera completa (llena de un líquido rojo brillante, según recuerdo, pero con un sabor difícil de ubicar) con un aro flotante de algo congelado y de color verde fosforescente, y bandejas plateadas con bocaditos que se desmigajaban –sabrosos pero difíciles de comer sin ensuciarse, y demasiado pequeños para satisfacer a un tipo hambriento que no había comido nada antes de venir. ¿El toque final? El buen gusto de los organizadores había contratado a una arpista talentosa para proporcionar una preciosa música de fondo. Después de socializar informalmente por un rato, me hicieron una entrevista acerca de mi escrito (lo cual le dio un descanso a la arpista, durante el cual noté que hojeaba una copia de mi libro) y entonces la música comenzó y el grupo retomó sus conversaciones informales.

Al finalizar la velada, noté que la arpista estaba haciendo un gran esfuerzo por colocar su arpa dentro de su vehículo. (Agradecí secretamente que mi instrumento fuera la guitarra, que es tanto más fácil para transportar.) Ofrecí ayudarla, y no fue fácil. (Los arpistas pueden parecer y sonar tan delicados como menudos músicos que tocan flautín, pero, ¡deben ser más fuertes que los que tocan la tuba!) Después de cerrar la puerta trasera de su vehículo, me encaró y con total seriedad me dijo:

--Mientras usted hablaba tuve oportunidad de hojear su libro. Tengo una pregunta para hacerle: ¿Realmente cree todo eso que escribió en el libro, o

simplemente está tratando de transmitir una imagen positiva del cristianismo?

Le contesté:

--Bueno, Alicia (no es su nombre real), ¡qué pregunta es ésa! Dime qué quieres decir.

Y así comenzó lo que yo llamo una «amistad espiritual»: una amistad que se mantiene hasta el día de hoy. En realidad no volví a ver a Alicia por varios meses después de ese encuentro inicial pero le dí una copia de mi libro y dentro de las 24 horas recibí el primero de varios correos electrónicos que me gustaría compartir con ustedes, con el permiso de Alicia. Los comparto con ustedes por varias razones:

1. para que puedan escuchar la «voz» real de una auténtica buscadora espiritual con tendencia posmoderna,
2. para que puedan comenzar a ver cómo ve el cristianismo moderno un buscador posmoderno,
3. para que puedan comenzar a imaginar de qué manera le hubieran respondido a Alicia y así prepararse para tener conversaciones espirituales significativas que sean propias,

para que reciban una nueva perspectiva de lo que debe y puede ser la evangelización.

He mantenido la ortografía y la puntuación de Alicia, y sólo he cambiado algunos detalles por cuestiones de privacidad. Espero que sus cartas sean para ustedes tan encantadoras, enigmáticas, estimulantes y desafiantes como lo fueron para mí.

Hola Brian (¿prefiere que le llamen Brian?), soy Alicia, la arpista que estuvo en su fiesta de presentación del libro. Leí su libro esta mañana. Me hizo pensar mucho sobre muchas cosas. Me gustaría contarle sobre esto, pero temo que este correo se haga muy largo. No quiero ser una carga (¡entiendo que escucha a muchas personas todos los días!) así que no estoy segura. Pero realmente necesito hablarle a alguien y no sé, me sentí bien leyendo su libro y hablando con usted, y no se me ocurre nadie más con quien pueda hablar sobre religión. Sé que probablemente suene como una psicótica, considerando que lo acabo de conocer anoche y bajo qué circunstancias lo conocí... no sé. En realidad me pongo nerviosa y no me animo a decir nada... bueno, trataré de hacerla corta y usted no tiene que responderme, probablemente esté escribiendo más que nada para mí... o no... no sé. De todos modos, por favor no se sienta obligado a responder.

«Leí su libro esta noche...» ¿No sugiere esto un alto nivel de motivación? Espero que mi libro sea bueno, pero no creo que pueda atribuirme ese grado tan intenso de motivación. Y no creo que Alicia sea la única que tenga este grado tan intenso. Alrededor mío, y alrededor de ustedes, hay personas que se quedarían levantadas toda la noche leyendo o hablando con tal de recibir alguna ayuda con sus preguntas espirituales. Lo único que necesitan es a alguien a quien le importe y que tenga alguna experiencia y sabiduría espiritual para compartir. Están más preparadas de lo que ustedes creen... más preparadas para una amistad espiritual sincera con alguien como ustedes.

Creo que estarían de acuerdo con que Alicia, mediante este correo, está poniendo de su parte para establecer una amistad genuina conmigo. No quiere ser una carga para mí. Tiene cuidado de no ser impertinente y no exige una respuesta. (¡Qué contraste con algunos pobres llamados evangelistas que

hablan sin importarles si otros quieren escucharlos o no y exigen una respuesta, sea que la otra persona esté lista y dispuesta o no!) Sigue diciendo:

Como le dije anoche, hace poco he estado sintiendo como que quisiera hacerme cristiana, y quizás hasta empezar a ir a la iglesia y eso. Pero ha habido dos problemas:

Antes de pasar a los problemas, noten esto: según recuerdo, cuando hablamos, Alicia no dijo nada semejante a «yo quisiera hacerme cristiana». Lo que dijo fue: «¿Realmente cree todo eso que escribió en el libro o simplemente está tratando de transmitir una imagen positiva del cristianismo?» Esto nos remarca algo: lo que las personas intentan decir es, con frecuencia, diferente –y a veces casi lo opuesto– de lo que dicen. Detrás de la crítica, detrás de una afirmación que aparenta ser negativa, puede haber una prueba que dice: “Realmente me atrae el cristianismo, pero primero debo ponerte a prueba para ver si eres una persona digna de mi confianza. ¿Reaccionarás? ¿Te pondrás a la defensiva? ¿Presentarás tus argumentos... o escucharás?”

Como le dije anoche, hace poco he estado sintiendo como que quisiera hacerme cristiana, y quizás hasta empezar a ir a la iglesia y eso. Pero ha habido dos problemas:

- 1) cada vez que voy a una iglesia o leo un libro de la iglesia, cambio de parecer
- 2) mi novio es cristiano. Pertenece a una iglesia independiente de la zona que es muy progresista, y él es muy progresista, pero a pesar de esto cada vez que hablamos de religión me dan náuseas. Me enoja tanto (y no sé por qué, porque no he tenido ninguna experiencia extremadamente negativa con su iglesia) y me vienen a la mente estas imágenes horribles de lavado cerebral y cosas por el estilo. Lo malo es que su iglesia NO ES ASÍ. Yo SÉ que lo que siento no tiene absolutamente ningún justificativo, pero no lo puedo evitar. Y cada vez que hablo con él del tema (que es generalmente cuando me siento más cerca a algún tipo de conversión) me voy sintiéndome peor.

Hay muchos elementos aquí en los que debemos pensar. El comentario de Alicia de que cada vez que visita una iglesia o que lee un libro cristiano cambia de opinión debería darle a cada pastor y líder cristiano un ardor de estómago, o más aún, un ataque al corazón. También notarán su uso de la palabra “progresista” – con la que creo quiere decir contemporánea y no tradicional, no “progresista en su teología” en el sentido técnico. Esto nos recuerda que no debemos dar por sentado que las palabras significan lo mismo para todos. La gente de iglesia desarrolla un vocabulario complejo y especializado que puede descolocar bastante a la “gente normal”. Si queremos llegar a ser sus amigos espirituales, debemos empezar por no esperar que ellos adopten nuestro vocabulario. Como cristianos vivimos el mensaje de un hombre que vino a nosotros en nuestros términos, habló nuestro idioma, cruzó el puente para encontrarnos en el lugar donde nosotros estábamos.

Náuseas, enojo, imágenes horribles, lavado cerebral, peor... estas son palabras fuertes y revelan sentimientos intensos. Sigue así:

Esto es un poco lo que sucedió anoche. Mientras esperaba que regresara de la misa con sus padres, leí un par de capítulos de su libro... estábamos hablando sobre eso y yo le conté que había leído el libro y eso. Realmente me abrí con todo lo que he estado sintiendo y él reaccionó de una manera realmente maravillosa... no actuó súper contento con eso y no hizo demasiadas preguntas... sabe cómo manejarse conmigo (de la misma manera que quise decir que usted «se maneja» con sus lectores... de lo cual aún no estoy segura, de paso), pero inevitablemente, al final, todo derivó en una discusión sobre el asunto. Es muy frustrante para mí, porque veo cómo mucho de lo que digo se... exagera fuera de proporción, o algo. Pero también siento que no le debo al cristianismo

ningún respiro y que merece la mirada crítica que le estoy dando. Y no sé si tantorealmente creo eso. También sé que mucho de lo que yo le digo (a mi novio) está basado en el orgullo (quizás mi mayor defecto como ser humano), lo cual significa que no le quiero dejar «ganar» el argumento sobre el cristianismo, o algo así...

Noten que su novio «reaccionó de una manera realmente maravillosa» cuando ella empezó a comunicarle su interés en el área espiritual: «no actuó súper contento con eso y no hizo demasiadas preguntas». Es decir, le dio espacio. Eso es algo que debemos hacer por nuestros amigos espirituales. ¿Pueden darse cuenta de que es posible que nos importe demasiado... que nos importe tanto que no seamos capaces de darles a las personas el espacio que necesitan?

También noten cómo las cosas se pusieron agrias. Es verdad que ella reconoce su mayor responsabilidad por la discusión que resultó (un acto bastante humilde, el de reconocer su orgullo de esa manera, ¿no les parece?). Pero aún más interesante es lo siguiente: para ella, la buena noticia del cristianismo sigue tomando la forma de una cuestión de «ganar o perder» un argumento. Hay mucho que podemos decir acerca de esto. Para empezar, podríamos hablar de toda la trayectoria de la modernidad, en que a los exploradores se los denominaba «conquistadores»... en que a las iniciativas de evangelización se las llamaba «cruzadas», como invasiones militares de conquista... en que las buenas noticias se expresaban en términos de leyes (¿quién puede agumentar en contra de *leyes*?), o pasos (¿instrucciones para el ensamblado de una bicicleta? ¿Qué hay que discutir en ese caso?) o simples diagramas (¿esquemas de ingeniería para el alma?). También podríamos hablar de la expresión «ganar almas para Cristo», expresión que tiene alguna base bíblica (1 Corintios 9), sin duda, pero creo que en nuestra cultura moderna competitiva nuestro ganar implica que otro pierde, cosa que esta imagen no transmitía en la cultura antigua. Sería aún más productivo considerar de qué manera nuestra era moderna racionalista, en que «la mente» es todo, el evangelio cristiano realmente se ha convertido en un argumento y la evangelización se ha ubicado retóricamente en algún punto entre un proceso judicial, una venta casa por casa, o una propaganda comercial por cable y TV, todo completo con frases ingeniosas («¿Hay alguna razón, señor Pérez, por la que usted *no* querría comprar nuestra nueva aspiradora para el hogar?»).

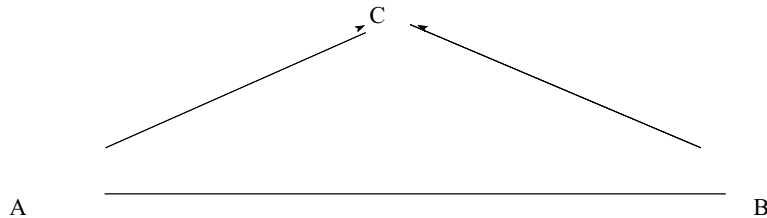
Para Jesús, había en efecto situaciones que demandaban argumentación. En varias ocasiones lo vemos manteniendo debates con líderes religiosos, por ejemplo. Pero, ¿han notado alguna vez cuán astuto es Jesús en su argumentación? Piensen de este modo...

A

B

Digamos que “A” representa la postura de alguien que está argumentando con Jesús y “B” representa la postura que el argumentador espera que tome

Jesús. Pueden elegir el tema... divorcio, castigo de una persona inmoral, dónde se debe adorar en verdad, pagar impuestos al César. Pero, ¿qué hace Jesús? ¿Responde a la fuerza de la postura de A con aún mayor lógica y persuasión por la postura B? No. Vez tras vez plantea una pregunta o narra un cuento o de alguna otra manera sale de la posición B y eleva la línea total del debate a un nuevo nivel, corriéndose a la posición “C”, como se indica abajo.



¿Por qué hace esto? ¿Es porque es “gallina” – tiene miedo de perder, evade el conflicto, es demasiado blando para un buen debate confrontativo a la antigua? Sólo plantearía esta pregunta aquel que poco sabe de Jesús. No, yo creo que trasciende las líneas normales de argumentación por varias razones, incluyendo las dos siguientes:

1. Muchos argumentos y preguntas, quizás la mayoría, no se colocan en un marco aceptable; dan por sentado elementos que, desde nuestro punto de vista, no son válidos. Si uno se entabla en el debate o responde a la pregunta tal fue planteada, en un sentido uno está legitimizando las suposiciones inválidas. Por ejemplo, si alguien te pregunta: “Todavía estás bebiendo demasiado, ¿no es cierto?” – no puedes responder al “demasiado” y dejar que el “todavía” quede como una suposición ... es decir, no puedes si, en efecto, nunca has tenido el hábito de beber demasiado. Muchas veces, Jesús no responde a una pregunta o a un comentario provocativo porque todo el debate está planteado de una manera que no es sabia ni amable ni certera.
2. A veces me da la impresión que Jesús no responde a una pregunta ni se involucra en un argumento porque no quiere humillar a su compañero de diálogo. Encuentra una manera de volverse atrás, de dejar que la otra persona parezca tener razón o retenga algo de su dignidad, en vez de arrinconar a la persona y probar que “¡estás equivocado! ¡Yo tengo razón! ¡Tú pierdes! ¡Yo gano!”. Jesús hace esto, creo yo, por causa de su ternura y su amabilidad y su respeto, y también por razones de persuasión. Él sabe (como sabe Alicia) que cuando pones a las personas en una situación de ganar o perder, cuando no les das espacio para pensar por su cuenta, se cierran más a tus ideas en vez de abrirse a ellas.

No hace falta decir, entonces, que creo que Alicia nos está diciendo algo importante: la evangelización en el mundo posmoderno debe ser menos parecida a un argumento ... lo cual no significa que dejará de ser lógica sino

más bien que no consistirá en ganar o perder. Por eso es que me parece que la imagen de la danza funciona tan bien. En la danza no se trata de ganar y perder. Cuando la música termina, no te burlas de tu compañero y le dices: “¡Te agarré! ¡Gané la danza 7 a 3!” Y si tratas de incluir a alguien en la danza por la fuerza, el término que usamos para describir esa conducta no es “danza valiente” sino “agresión”.

El gran (y excéntrico) filósofo danés Soren Kierkegaard escribió uno de los libros más fascinantes acerca de la evangelización que jamás se haya escrito (en mi opinión, que también es algo excéntrica), llamado “The Point of View for My Work as an Author: A Report to History.” (En efecto, yo lo pondría, junto con un artículo escrito por el novelista estadounidense Walker Percy entitulado “The Message in the Bottle”, en el primer lugar de mi lista de escritos que me han estimulado a pensar sobre la evangelización de maneras nuevas.) Kierkegaard utilizó una metáfora aún más inesperada que la danza para describir el tipo de evangelización que se necesita hoy día. Él dijo que el evangelista es como una persona que se esconde detrás de un arbusto, y cuando su amigo pasa, se le acerca a hurtadillas desde atrás y le da una patada en la espalda (Kierkegaard usó un término más gráfico). Entonces, se lanza nuevamente detrás del arbusto. Su amigo se da vuelta y no ve a nadie y entonces sigue caminando. Pero mientras sigue su camino, ya no avanza distraídamente. Está asustado, se rasca la cabeza, mira a su alrededor preguntándose: “¿Quién habrá sido? ¿Qué está pasando aquí? ¿Alguien me está mirando?” Toda su mente y su curiosidad han sufrido un nuevo despertar.

De un modo similar, cuando una persona ayuda a otra a empezar a pensar acerca de temas espirituales, se lanza detrás de un arbusto ... no actúa “súper contento con eso” ni hace demasiadas preguntas, sino que se esconde, para darle a su amigo espacio, tiempo, privacidad para pensar estos asuntos por su cuenta. Kierkegaard también usa la metáfora de ser una partera, metáfora prestada de Sócrates. El evangelista nunca es coercitivo, avasallador, combativo, sino más bien suave y delicado, como una partera, paciente, porque sabe que dar a luz lleva su tiempo y que no se puede apurar sin arriesgar un daño letal.